



Tristán Marof

ENSAYOS Y CRITICA

Revoluciones y Bolivianas
Guerras Internacional
y Escritores

1961

*

© Rolando Diez de Medina, 2007
La Paz - Bolivia

Nota del editor: Reproducidos solamente los siguientes temas:

JAVIER PAZ CAMPERO

Desde muy corta edad Javier Paz Campero fue orador; se hizo orador. Hablaba en los actos públicos con soltura, con acusada gracia y maravillaba a sus profesores y a las gentes que le oían. Tenía memoria y fogosa imaginación. Algunos alumnos, los mejores del curso sólo lucían memoria y por eso han sido pobre cosa en la vida. Sin la imaginación que es creadora, la memoria de nada sirve sino para recordar fechas y agravios... Yo le conocí a Javier en la escuela y le estoy viendo como si fuera ayer con la "dulzura del recuerdo y el pesar de la ausencia" porque ya no existe. Otros amigos míos han dejado el mísero planeta también, y entre ellos Federico Ostria Reyes, al cual Javier Paz Campero quería entrañablemente y le oía siempre por su originalidad, la precisión de sus juicios no siempre agradables para muchos y lo acertado de su repertorio social.

Javier era robusto y fornido, de cara amplia y los ojos vivaces y cabellos castaños. Vestía a la moda de entonces: chaquetilla española con cuello ancho bien almidonado que le caía sobre los hombros, pantalón corto, escaarpines de color y botincillos de charol. Le gustaba el ejercicio físico y sabía pelear; era discutiador y alegre. Ningún muchacho de ese tiempo excusaba el desafío, y aún con los más grandes el entrevero era formal hasta que el adversario se rendía, alzando la mano y pronunciando la palabra: basta. Pero no había odio; después de la pelea los muchachos se daban la mano, siguiendo la costumbre vasca y luego el abrazo como amigos entrañables.

Nuestra niñez fue ruidosa y cándida en el hogar, en la calle y en el campo. En la casa paternal se oían charlas de los mayores sobre el honor y la moral. Nosotros las escuchábamos religiosamente y teníamos siempre ardida la sangre de pasión, soñando cuando fuésemos grandes representar a la tierra, nativa con brillo. Eso nos decían nuestros padres en la sencillez y santuario íntimo, dejando que la emoción nos turbase y alguna que otra lágrima se filtrase quemante y salobre en las mejillas.

Más tarde nos separamos. La vida indica a cada cual su camino, unos a la lucha áspera y sin fin; otros a procurarse el sosiego, el empleo mediocre, la familia y la contemplación.

Javier se recibió de abogado y fue hombre de carácter decidido, jovial y agradable, todavía lo ví una vez más antes que el destino nos alejase completamente. El mantenía la tradición, las glorias del lar, y yo me atreví a ir más allá... por los límites del mundo. Pero en todo tiempo nos unió leal y sincera amistad. Nos queríamos a través de todas las peripecias y de cualquier infortunio, porque nuestras almas buscaban el ideal de justicia por diferentes caminos. No lo encontraríamos jamás, pero había algo que nos hacía soñar y que nos daba fuerzas aunque las caídas eran frecuentes y la maldad nos acosaba con su lengua fría. Fue Javier quien se dirigió al gobierno de entonces pidiendo mi ingreso al país después de tantos años de exilio en una carta conmovedora que la conservo en mis archivos.

Éramos por sobre todas las cosas hombres y de ahí nuestra estimación. Pero Javier tenía otros dones muy escasos en la mayoría de los seres humanos. Era hidalgo, sin jactancia, con humildad y valentía, porque su corazón le impulsaba a la hidalguía. Y un hidalgo, por fuerza está obligado según el código a ser consecuente y defender sus creencias. En este aspecto Javier fue temerario, llegando al sacrificio y a exponer la tranquilidad de su vida.

Buen ciudadano y excelente amigo se podía contar con él por su carácter entero y su franca sonrisa que la alumbraba con la luz de su inteligencia y su bondad casi siempre.

Javier no ha dejado obra literaria pero ha dejado obra humana. Le tocó defender a sus amigos y no eludió jamás el peligro y hasta la impopularidad, sorteando los casos más difíciles. Hombre de estado, estudioso y serio, es uno de los que deben recordarse con respeto. Es posible que haya tenido errores y los tuvo pero su espíritu conturbado vio con infinita piedad a su país y se convirtió en su abanderado en cualquier ocasión. De ahí su actitud frente a la iniquidad sin contemplaciones, cuando pudo y aun en sus últimos días, a pesar de que sabía de que el país estaba herido de muerte.

Javier se distinguió en todos los terrenos donde actuó. Si se introdujo en la política fue por servir a su pueblo y no para hacerse rico. Ganó y perdió; peleó duramente contra las calamidades públicas y nunca obtuvo lo que quería. Inmaduro su pueblo, inmaduros los hombres, las instituciones, las leyes, sólo tenían que representar una ficción. No obstante en el páramo había que sembrar y padecer aun con la derrota a cuestas, teniendo a la fatalidad por compañera y amiga, para que sobre los huesos y la sangre de uno, alguna vez, tal vez nunca, pudiera brotar la probidad y la justicia en la tierra amarga que es la tierra donde nos ha tocado nacer.

CONFERENCIA SOBRE LA CONFEDERACION PERU-BOLIVIANA

El tema que he elegido esta noche para desarrollar la conferencia que me vaís a escuchar es de lo más apasionante. Es raro que algún boliviano después de leer los documentos históricos sobre el gran Mariscal don Andrés Santa Cruz no se apasione. Estudiando esta época que se llama "CRUCISMO" se logra sin dificultad comprender lo que fue Bolivia, lo que quiso ser y lo que es ahora. Nuestras desgracias nos vienen pues desde esa etapa. Por haber querido ser grandes y abatido las alas del Cóndor Indio; por no haber comprendido con cerebro la Confederación, como no la comprendieron los adversarios de Santa Cruz. No es temerario decir que nuestra expiación como bolivianos nace desde la batalla de Yungay. Es curioso por otra parte que la mayoría de los bolivianos no conocen su propia historia y no se reconcilian espiritualmente, pensando que todas las cosas son transitorias y que los pueblos siguen a sus caudillos y se encarnan en ellos. Mi observación es fundamental. El caudillo encarna su tiempo, la nación entera, las costumbres y el ideal de vencer. Nuestra república cuando ha tenido grandes jefes se ha puesto a ritmo con ellos.

Agradezco a la directiva del Instituto Cultural Boliviano-Alemán por la gentil invitación que me ha hecho y agradezco al público que me va a escuchar en el curso de esta conferencia.

— o —

"Esa Nación, que en 119 años de existencia sólo ha sabido de infortunios, fue durante una época fugaz la más poderosa, organizada y temida del Continente Austral. Sus ejércitos pasearon victoriosos desde el Ecuador hasta la Argentina, y suyas fueron las leyes más avanzadas de América. Debió tal esplendor a la acción de uno de sus hijos, vástago de una india: Andrés Santa Cruz".

De esa manera comienza su interesante libro Alfonso Crespo, escritor boliviano. En realidad el crucismo es la única época en que el nuevo país creado en el corazón de América tiene esplendor y brillo propio.

Y es tanto más importante el fenómeno si se considera que todas las Repúblicas que han nacido a la vida libre se encuentran desorganizadas, en plena anarquía y a merced de caudillos localistas. Desde México al sur, el panorama político y social es el mismo: no hay estabilidad y el fuego de las pasiones devora a los pueblos. Bolivia es un lunar en medio de este caos y la República está gobernada por uno de sus preclaros estadistas, el mariscal de Zepita, don Andrés Santa Cruz. Su gobierno dura cerca de una década. Y es estable y rígido. No hay revoluciones ni levantamientos armados. Existe una administración rigurosa dentro de lo posible; se pagan los sueldos de los empleados al día y se les exige el cumplimiento de sus deberes. No hay molición y es gran pecado la falta de honradez y aun la incompetencia.

Dentro de la sencillez de las costumbres de esa época y de la pequeñez de los vecindarios los hombres que han constituido la nueva nación que se llama Bolivia, sienten el fuego interno de un ideal, de dar nacimiento a una patria que apenas comienza a moverse dentro de las instituciones republicanas y con exiguo presupuesto. Pero esto no importa: la hacienda es pobre y los habitantes pobres; apenas sobresalen los pudientes, pero estos tienen que contribuir con sus peculios en mayor grado a las necesidades del país en formación.

Mientras en México la guerra civil es desenfrenada y hay gobiernos fastuosos como el del general Santa Ana, que está embriagado con el Imperio y sus propios caprichos; en la Argentina impone su mano sanguinaria y dura el tirano Rosas, estacionando su país en el gauchaje primitivo y rutina no de la pampa, sin perspectivas de elevación cultural y a ras de las costumbres del campo con una tenacidad y astucia que dura más de veinte años, y en el Paraguay olvidado en la selva, ha aparecido el Supremo Dictador don Gaspar Rodríguez de Francia que maneja su querencia como una hacienda, sin que nadie pueda mover un dedo ni casarse sin permiso suyo, ni realizar un negocio ni elaborar una idea en la que no tenga participación el Supremo Dictador; y en el Perú las facciones se despedazan en la guerra civil, dividiendo su país en varios estados con gobiernos sucesivos e inestables; y en la patria del Libertador Bolívar sucede idéntica cosa. En la nueva República creada en el corazón de América, en condiciones curiosas y fortuitas, sin amplia costa de mar y cercana que le garantice su progreso, vuelve a repetirse el milagro que realizaron los sabios Incas y que contradice el determinismo geográfico: una nación da ejemplo de estabilidad en el caos americano de revueltas y de liberalismo inmaduro.

Este fenómeno que es preciso estudiarlo con atención e interpretación histórica lo realiza el Gran Mariscal don Andrés de Santa Cruz, al cual hay que rendirle los méritos que merece.

En este ensayo somero, se verá cuál es el ideal que alienta al actor principal y su pueblo que le sigue; sus grandes triunfos como realizador de la unidad americana en esta parte del Continente; sus debilidades en la empresa que se propuso hacer; sus ingenuidades en las relaciones con los hombres que le tocó conocer, — si así podemos llamar a un personaje que tenía doble fondo y era maestro en la astucia y el cálculo — y que por abusar demasiado de esta habilidad cae en sus mismas redes, perdonando a los chilenos en Paucarpata y aún creyendo bondadosamente y con "autoridad patriarcal" en las misivas que le dirige su ahijado y compadre don José Ballivián. Falta también señalar las lagunas de este hombre admirable, su confianza excesiva que le da su astucia, su mala fortuna como dirigente de ejércitos y que él la suple confiando las operaciones técnicas a los mejores generales que habían en ese tiempo en América.

De todas maneras ¡la historia que juzga a los hombres y a los gobernantes con la alquimia de la justicia, nos hace topar con un varón recto y de los más interesantes que produce este suelo, pleno de ambición y de dominio y que conoce la perspectiva del Continente: es un americano del futuro y tenga pasiones o debilidades, no se encuentra en la historia boliviana nadie que le haga su par. El Gran Mariscal de Zepita es el boliviano más capaz de su tiempo y de América por su saber y su enorme talento como estadista.

Pero este fenómeno no es casual, no se produce por fatalidad histórica ni por un azar de la suerte. Santa Cruz brota de una tierra madura en enseñanzas, vieja en siglos, durante la colonia una de las más preclaras, con inquietud espiritual más que ninguna, con un clima nervioso y una tradición milenaria de grandes espíritus y administradores sagaces, con la atmósfera de una patria nueva y también la más antigua del Continente que sabe dar ejemplos y que tiene la filosofía en su propia vida de austeridad y de trabajo paciente y rudo. Emerge de la entraña colla y tiene en la sangre el don de mando, la sagacidad y el disimulo, la sapiencia y el orgullo, la conformidad en la desgracia y esa paciencia para tejer en el hilar de lo que ha hecho su raza y ha persistido siempre: la tenacidad.

Nace Santa Cruz el 5 de diciembre de 1792 y es bautizado en la Catedral de La Paz por un canónigo de La Merced con el nombre de José Andrés. Sus padres son don José Santa Cruz Villavicencio y doña Juana Bacilia Calaumana.

Su origen es pues resultado de la mezcla del español autoritario, buen servidor del Rey, católico, piadoso, y del monarca Inca austero, realista y excelente administrador desde remotas edades.

Santa Cruz en su juventud ha servido también al Rey Español y es mucho más tarde que ingresa a las filas patriotas, porque su sentido práctico lo lleva allí. No es una juventud atropellada al estilo de Ballivián ni posee sus ardores, ni cree en las aventuras románticas de los de su tiempo. Es realista hasta los huesos y esta facultad lo lleva a analizar los acontecimientos de la vida con cautela, sin arrebatos, dejándose convencer por los hechos. No obstante es una juventud inteligente y de extremada seriedad, cualidades que posiblemente captaron al Libertador Bolívar en su hallazgo de capitanes para su empresa americana de libertad. Al lado del fogoso Córdova, del immaculado Sucre, del indomable Paez, de Nariño y de tantos hombres de fuego y de titanes que le rodean, es indudable que la parsimonia de este capitán moreno, serio en sus expresiones, de reciedumbre espiritual y de gran capacidad, le sedujo, y desde ese instante ya lo vio para darle puestos de confianza en las nuevas repúblicas.

Pero, ¿ cómo se presenta el "crucismo" en la nueva República creada por Sucre, contra los deseos del Libertador? El mariscal de Ayacucho no podía gobernar el nuevo Estado con la mano dura del altiplánico, porque cruzado de la libertad y de la democracia naciente, creía como todos los hombres de la época que la constitución dictada bajo la espada y el genio de Bolívar era suficiente para transformar a los ciudadanos y refrenar sus apetitos..Sabido es que la revolución de la independencia no fue una transposición económica de clases sino una revolución política contra el dominio del español, o en otros términos la ascensión al poder de los criollos nacidos en tierra americana, acompañados en su empeño de libertad por los mestizos e indios, los cuales después de la revolución siguen en la mísera condición de ciudadanos, teniendo los "principios liberales" que les sirven de alimento. Ya son libres, pueden vivir y morir libres; no obstante mueren en la necesidad porque falta organización de trabajo, un sentido de disciplina y un vasto planeamiento económico que garantice esa libertad lírica que se repite diariamente en las proclamas de los generales.

Eso, en parte, reclaman los pueblos, y eso no es advertido por los que dirigen a los pueblos.

Santa Cruz, surge en medio de la pólvora y el caos y tiene el cerebro frío del organizador. No es un gran militar a la altura de los románticos capitanes que queman su sangre en las batallas y mueren con la gloria de la espada, pero es un gran administrador que nace en el yermo y sabe,

que sólo la organización de su pueblo puede darle la abundancia y felicidad, como hace siglos hicieron los Incas, contando los granos, las semillas y los rebaños bajo una severa y estricta contabilidad.

¿Qué es Bolivia, la nueva República, en ese tiempo? Ha emergido en el páramo, tierra inhóspita, donde los collas cultivan la papa, la quinua y otros vegetales; tierra pobre y de varones recios; tierra a la altura de las nubes y donde las ilusiones brotan en los músculos del que trabaja y del que sabe ahorrar porque necesita ahorrar, y la vida es dura y sin embargo tiene su epopeya: el sol que sale todas las mañanas y la tierra que es avara, sólo se da al que la quiere. Los hombres del yermo agradecidos le han elegido presidente a su creador, el Libertador Bolívar, pero éste no tiene tiempo para gobernar un país, y entenderse con las tareas administrativas que resbalan de su espada gloriosa que ha dado libertad a cinco pueblos americanos. El Sol no se detiene en un país; es el astro de todo un continente y todavía rebalsa su personalidad epónima. Encarga el gobierno a uno de sus capitanes el inmaculado mariscal Sucre, que inmediatamente se siente rodeado de los doctores de la famosa Universidad de Chuquisaca, entre los que se destaca Casimiro Olañeta el más inteligente de los bolivianos. Mentalidad única, estrella entre los Urcullo, los Zudáñez, los Torrico, los Serrano, los Padilla y tantos otros que a su vez son brillantes. Olañeta es sobrino del último defensor del Rey Español y el más empeinado: el general Olañeta que no se rinde jamás y sucumbe en su ley, defendiendo sus principios monárquicos y absolutistas hasta ser abatido en Tumusla después de la defección de uno de sus militares de vanguardia, el coronel Medinaceli. Casimiro Olañeta, padre de la nacionalidad boliviana ha creado la República con la ilusión de que gobiernen los intelectuales, los doctores que conocen la Ley y los principios republicanos en los que se asienta la nueva constitución enviada por Bolívar, y esa constitución inmediatamente ha sido puesta al filo de la espada de los vencedores de batallas. Y así sucederá siempre. Y el gran romántico que fue Olañeta, el girondino Olañeta, a poco andar de la República, viendo frustrados sus planes se convierte en conspirador permanente al lado de unos y otros en actitud siempre subversiva. Esto puede ser una interpretación en cuanto concierne a la actitud de Olañeta y habría que profundizarla mejor porque este personaje es clave en la misma interpretación que da comienzo a nuestra vida republicana.

Desaparecido el Mariscal Sucre después del motín vergonzoso del 18 de abril en que se descubre la mano del general peruano Gamarra que abomina a los libertadores y censura acerbamente la permanencia de tropas colombianas en el Alto Perú, porque él tiene proyectos de unir el viejo virreinato de Lima y hacer la guerra a Colombia, ¿quién podría gobernar en la nueva República? Sucre era un aristócrata, comía en la misma vajilla del virrey depuesto por la guerra americana, sensible y delicado le causaba horror verter sangre de patriotas y no podía ser el hombre duro que se necesitaba en semejante situación. Los doctores de Chuquisaca teóricos y principistas quedaron relegados. Después del motín vergonzoso en que un soldado chileno rompió el brazo del Mariscal Sucre, el general peruano Gamarra insinuó al General Pedro Blanco, parcial suyo, para que rigiese la Nación. Esto no se estipulaba en el tratado vergonzoso de Piquiza que impuso Gamarra a Bolivia, pero fue su consecuencia inmediata. El general Pedro Blanco es asesinado a los dos días en el cuartel de la Recoleta de la ciudad Sucre, que ya lleva ese nombre en homenaje a su creador. ¿Quién podía gobernar un país que luego de proclamarse República hería a su creador y se sublevaba, asesinaba al Presidente impuesto por el Perú y parecía ingresar en el caos de la anarquía más tremenda? ¿País pobre que salía de una guerra de guerrillas, con la hacienda deshecha, sin principios de orden y sin embargo con una "constitución brillante" redactada personalmente por el Libertador?

Los doctores de Chuquisaca no eran militares ni el pueblo tenía una conciencia civil. Había necesidad de una mano dura y un cerebro a la vez, un estadista en resumen, y aparece Santa Cruz, el viejo capitán que ha hecho la guerra al servicio de la causa de los patriotas y goza de la estimación de los Libertadores por sus propios méritos. No es un improvisado, no pide que lo elijan los pueblos; es el mismo Libertador Bolívar que le cede el mando en el Perú: es un hombre serio y probo que ha dado muestras de su celo de gobernante. Más que todo, un buen administrador que conoce los negocios de Estado. Ha nacido en Bolivia y el país se fija en él y es llamado por Sucre, de acuerdo a un precepto constitucional.

¿Tenía en los instantes que viene a Bolivia, ideales de unir su país al Perú y formar la gran Confederación Perú-Boliviana que surge años después? Parece que sí. Antes de ingresar al territorio boliviano se detiene un tiempo en Arequipa y crea una logia que le servirá para sus planes futuros.

¿Cómo eran en ese tiempo Bolivia y Perú, o si deseamos ser más claros, cuál era la geografía y cómo se entendían económicamente en sus relaciones, siendo pueblos vecinos? Bolivia y Perú habían existido y coexistido unidos durante siglos unidos por vinculaciones no solamente económicas sino familiares. El sur del Perú estaba soldado política y económicamente al altiplano andino de donde recibía su fuerza espiritual y su comercio. Desde el mar de Tacna y Arica hasta La Paz una caravana continua servida por cinco mil mulas, si damos crédito al escritor boliviano Gustavo Adolfo Otero, traía todos los productos de la costa y llevaba los del Altiplano. En Tacna había un barrio boliviano poblado por gentes de La Paz. Durante los siglos del Incanato fueron un todo y la vanguardia colla siempre peleó en los ejércitos del Inca como la mejor y más aguerrida. Durante la colonia no había diferencias de nacionalidad, ni de tinte de la piel, ni del idioma, ni siquiera de las costumbres que fueron comunes.

El altiplano como unidad geográfica comprendía el sur del Perú, lo que es Bolivia actualmente y el norte argentino hasta Santiago del Estero y Tucumán. (Tucumán es nombre aimará y creado por los Incas con su sistema de mitimaes).

Bolivia al crearse nación tenía el prestigio de su virginidad Republicana; los "principios" valían al decir de los doctores más que los hechos. Las mentes estaban embriagadas de libertad y en los altares de la Patria se le rendía culto. Esa virginidad es rasgada, como hemos dicho, en el vergonzoso motín del 18 de abril por designios de Gamarra, militar que había estado bajo las órdenes de Santa Cruz y desde entonces abrigaba, si no rencor contra él, una oculta rivalidad. Gamarra quería reconquistar el Alto Perú y unirlo al poder de Lima. Pero era un trozo demasiado maduro para su ambición y fracasó momentáneamente; no obstante siempre estuvo alerta buscando otra ocasión. Aún se pone al servicio de Santa Cruz y le obedece, mordiendo los dientes. Es, en estas circunstancias que aparece el Mariscal Santa Cruz, llamado por Sucre, el cual abandona el poder y se retira de Bolivia, dejando como, única herencia su testamento sin rencor ni odio, con un gran amor a la nación que ha creado.

Santa Cruz en esa época se encontraba vigoroso y pleno de fuerza espiritual. Mientras llega a Bolivia ejerce el mando el general Velasco y todos los ciudadanos más ilustres se afilian al lado del nuevo gobierno, porque consideran a Santa Cruz no sólo un militar de crédito sino un gobernante que ha dado pruebas en el Perú de ser un gran organizador.

Toda la nación cree en Santa Cruz y el crucismo comienza a constituir la espina dorsal de la República. Santa Cruz es prudente y cauteloso. No cometerá excesos ni se le ocurrirá la imprudencia de perseguir a los culpables del motín de abril. Les abre los brazos y tanto Ballivián como Armaza le escriben cartas, poniéndose a sus órdenes. Ballivián le hace su padrino y compadre, ligándose al Presidente con vínculos más estrechos que, en las costumbres del país, tiene enorme importancia.

Y la obra del gobernante se deja sentir a través del tiempo, estableciendo severa disciplina y jerarquía en la nación. Y este ritmo no decae: el gobernante es exigente y todos los ciudadanos deben cumplir sus obligaciones, puesto que los cargos no son canongías sino servicio público. Y el viejo colla no tolera disculpas y su mano cae por igual sobre los remisos.

En un pueblo acostumbrado a la revuelta por quince años de guerrillas y de aventuras las exigencias del gobernante le parecen rigurosas, pero sabe que Santa Cruz es severo y cumple la Ley. Poco a poco el país ha ingresado a la normalidad y al trabajo. Por otra parte el gobernante es respetado por su prudencia y su indudable prestigio, pues tiene entre sus muchos méritos haber comandado el ala derecha en la batalla de Pichincha; ser elegido por los Libertadores para gobernar pueblos y se le conoce su mano dura. También el Presidente se ha rodeado de lo más representativo que tiene el país en hombres capaces y sus colaboradores son los que han dado vida y creado Bolivia. Los Calvo, los Serrano, los Olañeta, los Urcullo, los Torrico, los Calvimontes, y tantos otros forman su plana mayor.

Los mejores militares de América, veteranos desde la guerra de la independencia se han quedado en Bolivia al lado del Mariscal de Zepita. Se llaman Burdet O'Connor, irlandés; Braun, alemán de origen y que ascendió desde sargento en el campo de batalla al grado de Gran Mariscal; el general Blas Cerdeña, el general Herrera, Trinidad Morán, el general Anglada, Galindo, Velasco, Ballivián, Avilés, Agreda, Urdininea y tantos hombres de guerra, muchos de ellos extranjeros.

Todos ellos luchan en las batallas de la Confederación y dan lustre al crucismo como en ninguna época de la historia boliviana.

Muy difícil es poner orden en un país destruido por la guerra de los quince años en que los hombres de brío están acostumbrados al riesgo de la aventura y a vivir de la presa. Bolivia, la nueva República es pobre, y su presupuesto ridículo, apenas para los gastos urgentes de la administración. No hay industrias y la mayoría vive del agro y de la pequeña artesanía. Santa Cruz se pone a la tarea de establecer el orden y de apagar las ambiciones de los hombres de brío, metiéndoles en cintura. Cuida la hacienda con meticulosa paciencia y coloca a cada personaje en su lugar. El ejército de donde brotaban las insurrecciones entra en calma porque obedece a jefes capaces y con enorme prestigio de batallas. Se impone la disciplina y el rigor hasta donde se puede, pero no es posible suprimir al "gremio" de las rabonas que frecuentan el cuartel y acompañan a la soldadesca en las campañas. Se abren colegios de varones y de niñas; se llaman a los maestros más devotos en esta tarea y el objeto no es sólo enseñar lo que saben sino formar el carácter, condición que debe estar ligada con la enseñanza. Ya sabemos que la inteligencia sin el carácter no vale nada. Pero el Mariscal quiere que la República se rija por un ordenamiento jurídico y salga de las sombras como nación. Ordena pues, el estudio de las leyes de otros países y adaptándolas al medio ambiente, aunque calcadas, brotan los Códigos Civil y Criminal, que perduran hasta hoy.

De todas maneras ya existe un cuerpo de leyes, cosa que no tienen los otros pueblos de América. En adelante ya no es el capricho o el privilegio que establecerán las relaciones de los hombres: tendrán que ceñirse a procedimientos legalistas, y eso significa un serio adelanto en un medio despojado de ellos que se regía por las leyes de la monarquía española.

Se puede criticar a la administración crucista de haber tomado las leyes que se implantan en Bolivia del Código Napoleón, y sobre todo, de imponerlas a los millones de indígenas que constituyen el grueso de la nacionalidad, los cuales estaban acostumbrados a leyes sumarias y rígidas del Inca, pero de todas maneras los Códigos ordenados por Santa Cruz en ese tiempo traducen el empeño de vivir al ritmo de la civilización y del mundo. Además, esas leyes, son para que las cumpla una minoría de blancos y mestizos sobre los que el gobierno crucista tiene intereses inmediatos.

Si consideramos lo que era la Argentina bajo el gobierno de Juan Manuel de Rosas, donde se fusilaba diariamente a los adversarios unitarios y la descomposición del Perú envuelto en la guerra civil, Bolivia era sin duda la República mejor organizada y con leyes a la altura de los mejores países del mundo.

Otro fenómeno que debemos anotar es que el gobierno del Mariscal Santa Cruz que dura diez años por su seriedad y la élite que le acompaña, no tiene oposición. Se le tachará después de caído de que su mano fue dura y que no andaba en contemplaciones con los gobernados, pero nadie le podrá acusar de que abusó de su poder y que en último instante siempre le acompañó la justicia y aun la bondad.

En estos pueblos no había otra manera de gobernar y es la única la mano dura. La mano blanda y el respeto íntegro a las leyes suponen cultura y un ejercicio de siglos. La mayoría de los pueblos de la tierra para lograr esa cultura ha necesitado de una mano que le acostumbre al sometimiento de la Ley y los suavice en sus relaciones humanas.

Veamos someramente lo que eran los gobiernos vecinos. Volvemos a repetir: en Argentina domina Rosas con el gauchaje primitivo y los negros. Las ejecuciones son sumarias y él mismo es un primitivo. Tomamos del libro del historiador Manuel Galvez, panegirista de Rosas, éstas líneas: "El número de graduados en medicina fue de 32 el último año del primer gobierno de Rosas, se reduce esta cifra a seis, y uno en los últimos tiempos".

Por su parte el mismo Galvez, aunque trata de achicar la figura del Mariscal Santa Cruz comparándolo con Rosas, escribe: "Andrés de Santa Cruz es uno de los hombres más interesantes que ha producido América. Por su padre proviene de los marqueses de Santa Cruz. Su madre, cacica de Huarina, decíase descendiente de los emperadores incásicos. Ha combatido junto al Libertador Simón Bolívar, que lo estimaba y distinguía. Tiene extraordinarias condiciones de gobernante. Y en genio político supera a todos los hombres de América de ese tiempo, salvo a Rosas. En el arte de la intriga pocos hombres en el mundo pueden comparársele. Y si a esto se agrega su talento organizador, el haber creado la Confederación Perú-Boliviana y el mandar un formidable ejército, se comprenderá la importancia que le da Rosas".

Es Bolivia una nación respetada y el Mariscal Santa Cruz tiene un prestigio que rebalsa las fronteras. En Europa la "Revista de Deux Mondes" escribe: "que el Mariscal es uno de los hombres más respetables y más inteligentes". Aunque este elogio pudiera ser interesado porque Francia con su escuadra sitia el puerto de Buenos Aires y combate al dictador Rosas en su intento de establecer su influencia, lo cierto es que en la corte de la Reina Victoria y en la del Rey de Francia se considera a Santa Cruz como un hombre capaz y un amigo.

El Perú en ese tiempo se desangra en la guerra civil en manos de caudillos locales. Gamarra al sur y Salaberry al norte. Orbegoso domina Arequipa. El caudillo Gamarra que ha servido a Santa Cruz durante su primer gobierno en el Perú se pone a su disposición y le ayuda; más tarde será su enemigo irreconciliable. El Presidente Orbegoso es débil y no puede imponer su autoridad en territorio peruano. Solicita el apoyo del Mariscal, pero éste se hace el sordo no queriendo inmiscuirse en los asuntos del país vecino. No obstante estudia cautelosamente la situación con esa paciencia que le es característica hasta que el Congreso autoriza al Presidente Orbegoso para solicitar la ayuda de Bolivia para la pacificación del Perú. Santa Cruz durante todo ese tiempo ha sostenido correspondencia secreta con sus agentes que están desparramados en las logias que ha creado con posterior fin. Está demostrando por los acontecimientos históricos que el Mariscal tenía ardiente en el corazón y en el cerebro la idea de unir a los pueblos hermanos que se habían criado en la ubre incásica y que la colonia también los reunió en el Virreynato de Lima. Pero el proyecto de Santa Cruz era soldarlos en la fe democrática, con una sola ley y el impulso americano de Confederación, iniciando el progreso del Continente, abatido por caudillos locales y arbitrarios. Son estos los que descomponen su obra como también abaten las alas del Albatros del Libertador Bolívar que no peleó contra España para formar veinte repúblicas dispersas y débiles sino para constituir la gran América del sur, liberal, y a ritmo del mundo, como una entidad poderosa en el propio mundo de entonces. No pudo, y murió con la tristeza en los ojos, en Santa Marta, como mueren los precursores y los que se anticipan a los deseos de los hombres y de los pueblos.

El Mariscal Santa Cruz ingresa al Perú con su ejército, llamado por el Congreso peruano, y no como invasor; y es mucho más tarde, después de vencer las resistencias de los caudillos locales, que proclama la "Confederación Perú-Boliviana, haciéndose declarar Protector y con mando sobre los dos países que los divide en tres Estados.

No podemos hablar aquí de las batallas que libró Santa Cruz en el Perú para imponer el orden en la nueva entidad que crea y que obedece a imperativos históricos, pero es preciso señalar que las armas de la Confederación donde se baten lo hacen con brillo y el empuje que aniquila a sus adversarios. Ya hemos dicho que Santa Cruz estaba rodeado de los mejores militares de América en esos tiempos.

Puede señalarse como un error el fusilamiento de Felipe Santiago Salaberry y Fernandini, estimados en el ejército del norte del Perú como brillantes militares, pero la mano del Protector es

dura y la historia para el creador está exenta de sentimentalismo, pues su obra y la consolidación de ella cuentan en el balance estricto de los hechos. Pudo perdonar a Felipe Santiago Salaberry y habría tenido que vencerlo en otras batallas con pérdida de vidas y anotarse un punto en la debilidad de su gobierno. Después de Salaberry no había caudillos locales, excepto el general Gamarra que ya está unido a los insurgentes y que muere en su ley, en la ley de la guerra muchos años después en su intento también de unir dos pueblos, pero por la fuerza de la conquista y de las armas.

La Confederación Perú-Boliviana se encuentra consolidada y se desenvuelve con el mejor de los éxitos, no obstante sus enemigos no sólo son internos, a los cuales es preciso vencer, si no también que provoca el recelo de sus vecinos: Argentina y Chile, países que se encuentran muy por debajo del orden, la disciplina y las leyes que gobiernan la nueva entidad creada por Santa Cruz.

Juan Manuel de Rosas, caudillo rupestre argentino, ha visto el peligro y escribe numerosas cartas a los gobernadores de las provincias para que combatan al gran Mariscal, que en esos instantes, significa la única civilidad en América. Rosas es un gaucho astuto que quiere volver a las costumbres de los tiempos de la colonia. Es dueño y señor del campo y ha adquirido un inmenso poder destruyendo físicamente a sus enemigos interiores. Para él el fusilamiento es una costumbre diaria como el sacrificio de las reses y aunque su panegirista Manuel Galvez le adorne de nacionalista y de defensor del suelo argentino, su gobierno es de lo más rural y sin vuelo, ni siquiera doméstico. Santa Cruz, el gobernante civilizado, tiene que ser su natural enemigo. Por otra parte, el gobernador de Buenos Aires tiene proyectos amplios para extenderse a través de la pampa y echar mano a las tierras altas que un tiempo formaron parte del Virreynato de Buenos Aires y que un Congreso liberal de los primeros albores de la Independencia las declaró libres. Habiendo sometido a todas las provincias argentinas a su mando también pretende introducirse a Bolivia con el pretexto de que Santa Cruz es "salvaje unitario" y protege a los emigrados argentinos los cuales por miles huyen de este "gobierno benévolo y sanguinario". Santa Cruz no le deja dormir a Rosas y ha ideado éste un plan de invasión a las tierras altas. Desde luego Santa Cruz para Rosas, es un Judas, y como es Judas, tiene que ser quemado en efígie en la plaza pública. Oigamos las órdenes que da el "benefactor de la Argentina" que recibe a sus amigos algunas veces en calzoncillos y se sienta en cabezas de vaca. ¡Este nacionalista que usa boleadoras y defiende a su país del espíritu extranjero!

"Los Judas que han de quemarse en Semana Santa serán ocho y cuatro de ellos representarán a Santa Cruz. Indica el lugar, el día y la hora para cada uno. Los trajes: chapona celeste, calzón largo y celeste, zapatones grandes y negros, gorra redonda y de cuero de mono, con cintillo celeste. En la chapona divisa grande, del mismo color, con el letrero: "Vivan los salvajes unitarios. Mueran los defensores de la libertad americana". Corbata igualmente celeste. Sin bigotes, pero con una patilla angosta que bajará de las orejas por la barba, la que quedará cerrada. En la mano la bolsa de los dineros. El Judas que representa a Santa Cruz dirá, por medio de una tablilla: "Soy el cabecilla salvaje unitario Santa Cruz, desertor inmundo de la Santa Causa de la libertad del Continente Americano, enemigo de Dios y de los hombres".

Y el autor Galvez, agrega: "¿Podemos imaginar a un jefe de Estado ocuparse de estas minucias? Pero para Rosas nada es minucia. Sabe que todos estos pormenores sirven a la propaganda de su causa. (Pág. 256. Librería Ateneo — Buenos Aires, Vida de Juan Manuel de Rosas).

El 19 de mayo de 1837 el dictador Rosas declara la guerra a Bolivia y los habitantes de Buenos Aires leen el siguiente documento:

"¡Viva la Federación! El gobierno encargado de las Relaciones Exteriores de la República en nombre y con sufragio de la Confederación, Argentina:

"Considerando: Que el General don Andrés Santa Cruz, titulado Protector de la Confederación Perú-Boliviana ha promovido la anarquía en la Confederación Argentina, consintiendo y auxiliando las expediciones armadas en el territorio de Bolivia que han invadido la República.

"Que ha violado la inmunidad del territorio de la Confederación permitiendo penetrar en él partidas de tropas de Bolivia al mando de Jefes bolivianos, destinados a despojar por la fuerza a ciudadanos argentinos de cantidades de dinero como lo han ejecutado.

"Que a las reclamaciones por estos despojos no ha contestado.

"Que, despreciando las interpelaciones del Gobierno encargado de las Relaciones Exteriores de la C.A. ha mantenido en las fronteras de la República a los emigrados unitarios dando lugar a que fraguasen repetidas conjuraciones que han costado a la Confederación sacrificios de todo género.

"Que fomentando disturbios continuos en la provincia de Tucumán y Salta ha impedido el restablecimiento de la confianza y buena inteligencia necesarias para obtener por medio de la seducción la desmembración de otras provincias de la misma Confederación, excitándolas a erigirse en un nuevo Estado bajo su ominosa protección.

"Considerando que la ocupación del Perú por el ejército boliviano no se funda en otro derecho que el que le da un tratado ilegal y nulo y atentatorio, estipulado y firmado por un general peruano sin misión y sin facultad para entregar su patria al extranjero.

"Que el general Santa Cruz con la fuerza de su mando ha despedazado el Perú alzándose con un poder absoluto sancionado por asambleas diminutas e impotentes.

"Que la intervención del general Santa Cruz para cambiar el orden político del Perú es un abuso criminal contra la libertad e independencia de los Estados Americanos y una infracción clásica del derecho de gentes.

"Que la concentración en su persona de una autoridad vitalicia, despótica e ilimitada sobre el Perú y Bolivia, con la facultad de nombrar sucesor conculca los derechos de ambos Estados e instituye un feudo personal que solemnemente prescriben las actas de Independencia de una y otra República.

"Que el ensanche de tal poder por el abuso de la fuerza, invierte el equilibrio conservador de la paz en las Repúblicas limítrofes de Bolivia y el Perú.

"Considerando: Que el acantonamiento de tropas del ejército del general Santa Cruz sobre la frontera norte de la Confederación, la expedición anárquica enviada a las costas de Chile desde los puertos del Perú bajo la notoria protección a los agentes de aquel caudillo y sus simultáneos y pérfidos amaños para insurreccionar a la República Argentina, confirman la existencia de un plan político para subordinar a los intereses del usurpador la independencia y el honor de los Estados limítrofes al Perú y Bolivia.

"Que el estado permanente de inquietud y de incertidumbre en que se halla la República Argentina por las asechanzas del gobierno del general Santa Cruz causa todos los males de la guerra y ninguna de sus ventajas.

Y últimamente:

"Que la doble y falaz política del general Santa Cruz ha inutilizado toda garantía que depende del fiel cumplimiento de sus promesas.

"Declara:

"1°.- Que en atención a los multiplicados actos de hostilidad designados y comprobados, la Confederación Argentina está en guerra con el gobierno del general Santa Cruz y sus sostenedores.

"2°.- Que la Confederación Argentina rehusará la paz y toda transacción con el general Santa Cruz mientras no quede bien garantizada de la ambición que ha desplegado y no evacúe la REPUBLICA PERUANA dejándola completamente libre para disponer su destino.

"Que la Confederación Argentina reconoce el derecho de los pueblos peruanos para conservar su primitiva organización política o para sancionar en uso de su soberanía su actual división de Estados cuando, libre de la fuerza extranjera, se ocupe sin coacción de su propia suerte.

"Que la Confederación Argentina, en la lid a que ha sido provocada, no abriga pretensión alguna territorial fuera de sus límites naturales y protesta en presencia del Universo y ante la posteridad que toma las armas para poner a salvo la integridad, la independencia y el honor de la Confederación Argentina.

(Fdo.) Juan Manuel de Rosas -Felipe Arana.

Inmediatamente el dictador Rosas alista sus huestes y da instrucciones a sus generales Alejandro y Felipe Heredia, uno de ellos gobernador de Tucumán y considerado como uno de los más valientes militares para enfrentar las tropas del general Santa Cruz.

En carta de 28 de diciembre de 1837 dirigida a Felipe Heredia el dictador Rosas hace conocer sus verdaderas intenciones:

"Entienda — le dice — que restituída Tarija, el río Suipacha deberá dividir el territorio de ambas repúblicas: pero me parece que si podemos conseguir que la villa de Tupiza y el pueblo de Santiago de Cotagaita queden dentro de nuestro territorio, será lo mejor y lo más importante para dejar asegurada para siempre la paz y comercio libre entre ambos Estados, con todas las franquicias que llevo indicadas. A trueque de conseguir este bien, creo que podríamos condonarle los gastos hechos en la guerra de la Independencia y también los aprovechamientos que ha sacado de Tarija en todo el tiempo que ha tenido usurpada. Más, para obtener todas estas cosas, será preciso penetrar hasta la capital de Bolivia y tener por nuestro el Cerro de Potosí. Tan importante adquisición debe ser obra nuestra con exclusión de Salteños y Jujeños". (Documento obtenido en la Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, volumen VII. Rosas y su época, Segunda Sección, por Enrique M. Barba, pág. 221).

Santa Cruz sereno como siempre no se preocupa mayormente de los arrestos militares de Rosas y encarga la defensa de la frontera al Mariscal Braun, a Burdett O'Connor y al coronel Agreda. También forma parte del Estado Mayor el valiente tarijeño Timoteo Raña.

No destina gran fuerza militar pero sabe que sus jefes son inmejorables y que sus soldados saben pelear.

En los documentos rosistas no se califica con otro apelativo al Gran Mariscal como el "colla Santa Cruz y el cholo". El gobernador de Tucumán Heredia, que es aficionado a las letrillas y a las proclamas, lanza una a sus tropas, concebida en estos términos: "Desde que la República Argentina midió fuerzas con el Imperio del Brasil y obtuvo mejor resultado no teme agarrarse con el Estado que la provoque".

Ya en 1833 Facundo Quiroga dijo a sus soldados: "que no estaría satisfecho sino cuando tendiese su poncho en la plaza de Chuquisaca...".

El gobierno boliviano por intermedio de su ministro Mariano Enrique Calvo, responde a la declaratoria de guerra de Rosas con someras palabras. Cree él "que las verdaderas causas no pueden encontrarse sino en las pasiones que dominan a los jefes de la Confederación Argentina y en los siniestros designios, al favor de la cooperación del Gobierno de Chile". Y agrega: "El gobierno boliviano jamás se arrepentirá de haber dado benéfico asilo a unos americanos desgraciados, que víctimas de la discordia civil, se acogieron a las leyes de la República, huyendo de la encarnizada persecución de sus hermanos".

Lo evidente es que las provincias argentinas de Salta y Jujuy deseaban integrarse a la Confederación por voluntad propia, puesto que en su país durante veinte años jamás hubo ley ni protección a la ciudadanía ni alguna garantía posible para desarrollarse en paz y vivir.

Rosas sigue escribiendo sus numerosas cartas a los gobernadores. En una de ellas al mismo Heredia, le dice: "Que no se descuiden ni un momento y que se mantengan en una continua preparación, porque si Santa Cruz no baja, acaso tendremos nosotros que ir a visitarlo".

El escritor Alfonso Crespo señala en su libro, que "Juan Manuel de Rosas o más propiamente, los gobernadores de las provincias argentinas norteañas, logran reunir un ejército considerable. El 1° de septiembre de ese año llegan a Jujuy las fuerzas del coronel Felipe Heredia, compuestas por los siguientes regimientos: "Cristianos de la Guardia", "Coraceros de la Muerte", "Escuadrón Rifles", "Cazadores de la Libertad" y "Coraceros Argentinos". Se acoplan en Jujuy los regimientos "Restauradores a Caballo", "Defensores de las Leyes" y los batallones 1, 2 Y 4. Comanda toda esta fuerza el hermano de Felipe, general Alejandro Heredia.

El ejército del mariscal Braun no llega a 2.400 hombres, chicheños y tarijeños en su mayoría compuesto de las siguientes unidades: "Batallón 1° de la Guardia", "5° de Línea", "6° Socabaya", "8° de Nacionales", "Regimiento Guías de la Guardia" y "Regimiento 2° de Nacionales".

El 12 de septiembre de 1837, el Congreso de Bolivia dirige una proclama al Ejército, sobria en su contenido y emotiva en sus fines: "Soldados: No consideremos enemigos a los ciudadanos de la Confederación Argentina; hemos formado con ellos una sola familia, hemos peleado juntos por nuestra libertad e independencia; nuestra sangre, mezclada con la suya, ha sido derramada a torrentes por el enemigo común; los huesos de los bolivianos y argentinos aún se conservan reunidos en los campos de Guaqui, Vilcapujio y Viloma".

Tres veces chocan los ejércitos de Rosas y los de Bolivia, y en las tres batallas son derrotados, dejando sus banderas, cientos de muertos y prisioneros y armas. Estas batallas se las recuerda con los nombres de Santa Bárbara, Iroya y Montenegro. Los dos hermanos Heredia, oficiales del rosismo, huyen a Tucumán abandonando el campo a los vencedores.

Santa Cruz ha humillado al tirano Rosas que en adelante no le nombrará sino con despectivos adjetivos...

Mucho más tarde cuando la Argentina se ha librado de la anarquía y se ha convertido en país poderoso merced a sus riquezas y a que triunfó el orden y la Ley, se ignora o se pretende ignorar esta parte de la historia americana. Aun se ha escrito un libro militar que intitula: "Una guerra poco conocida":

Dejemos a los militares argentinos la interpretación y las causas de sus derrotas.

Santa Cruz podía perfectamente con el derecho y la fuerza de su ejército ocupar militarmente todo el norte argentino, pero no lo hizo.

Hacia el sur de la Confederación Perú-Boliviana aparece el adversario tenaz y formidable que le hace frente. Se llama don Diego Portales. Es un hombre en la plenitud de su fuerza y que

ha tenido una vida agitada hasta que logra el poder como primer ministro chileno en el gobierno del Presidente Prieto.

Chile es una nación pobre y que para vivir tiene que trabajar rudamente.

No posee las riquezas de los países vecinos pero las ansía. La Confederación Perú-Boliviana tenía que herirle en su entraña viva y relegarlo a un país austral. Si no hubiera seguido esa política de oposición jamás se levantaría en el panorama de América, y si no se abre el canal de Panamá quedaría tras mano, alejada de los puntos vitales de comunicación sin otra ruta que el largo viaje por los estrechos de Magallanes.

Diego Portales no es un político romántico ni le sustentan los principios teóricos. Es un hombre realista y realizador. Ha sido comerciante en el Perú y aunque ha hecho fortuna, se dice en esa república, no la estima. De regreso a su patria se mezcla en la política, pero tampoco es político y le interesan mucho más sus negocios particulares. De todas maneras llega a participar en ella y se encuentra con esta verdad: Chile jamás puede insurgir como dueño del Pacífico si tiene al frente un poderoso Estado que forman dos países potencialmente ricos y con enorme territorio. Entonces el hombre realista se pone a socavar el piso de la Confederación con una paciencia de hormiga y una tenacidad admirables. Chile como nación está derrotada. Realista y sin escrúpulos busca la alianza con el dictador argentino Rosas que odia a Santa Cruz por los mismos intereses que Chile. Pero el Protector de la Confederación no se duerme. Tiende también sus tentáculos a Chile por medio de sus logias y su papel es dramático y adquiere contornos shakesperianos la lucha entre estos dos hombres que deciden el futuro del Continente. Diego Portales más débil que Santa Cruz, muy diligente y amigo de la intriga internacional; el otro, maestro en toda clase de cálculos, posee una red extendida por todos los países y entre las clases intelectuales que piensan en una gran patria: el Continente íntegro. El drama termina con el fusilamiento de Diego Portales por el coronel Vidaurre, que según el historiador chileno Francisco Encina, tiene algo que ver con los hilos de Santa Cruz, pero no está probado. Muere el enemigo N° 1 de Santa Cruz; el que alienta a la guerra contra la Confederación, pero vive su espíritu, y es ese espíritu el que induce al gobierno chileno a declarar la guerra al Mariscal y derrotarlo más tarde en Yungay, batalla en la que intervienen soldados peruanos, chilenos y todos los enemigos del gran Mariscal de Zepita y la Confederación Perú-Boliviana, primer intento de patria amplia y poderosa que abarca toda América, queda aventado por el viento...

Para comprender el espíritu de Diego Portales es preciso conocer una de las cartas más famosas que pone en manos de Manuel Blanco Encalada, jefe de la primera expedición chilena que tiene por objetivo combatir al Protector Santa Cruz. Esta expedición, como se sabe, tuvo que capitular en Paucarpata, ocasión que pudo aprovecharla Santa Cruz y se mostró magnánimo y le tendió los brazos a Blanco Encalada, le embarcó de regreso a Chile y hasta le compró los caballos a un precio por encima de su valor real.

(La carta)

"Santiago, 10 de septiembre de 1836.- Señor don MANUEL BLANCO ENCALADA.

Apreciado amigo:- Es necesario que imponga a usted con la mayor franqueza de la situación internacional de la República, para que usted pueda pesar el carácter decisivo de la empresa que el Gobierno va a confiar a usted dentro de poco designándolo comandante en jefe de las fuerzas navales y militares del Estado en la campaña contra la Confederación Perú-Bolivia. Va usted, en realidad, a conseguir con el triunfo de sus armas, la segunda independencia de Chile. Afortunadamente, el camino que debe recorrer no le es desconocido: lo ha seguido en otra época en cumplimiento de su deber y de patriota, y de esas virtudes supo extraer glorias y dignidades para la Patria.

La posición de Chile frente a la Confederación Perú-Bolivia es insostenible. No puede ser tolerada ni por el pueblo ni por el Gobierno, porque ello equivaldría a un suicidio. No podemos mirar sin inquietud y la mayor alarma, la existencia de dos pueblos confederados, y que, a la larga, por la comunidad de origen, lengua, hábitos, religión, ideas, costumbres, formarán, como es natural, un solo núcleo. Unidos estos dos Estados, aun cuando no más sea que momentáneamente, serán siempre más que Chile en todo orden de cuestiones y circunstancias.

En el supuesto que prevaleciera la Confederación a su actual organizador, y ella fuera dirigida por un hombre menos capaz que Santa Cruz, la existencia de Chile se vería comprometida. Si por acaso, a la falta de una autoridad fuerte en la Confederación, se siguiera en ella un período de guerras intestinas que fuese obra del caudillaje y no tuviese por fin la disolución de la Confederación, todavía ésta, en plena anarquía, sería más poderosa que la República. Santa Cruz está persuadido de esta verdad; conoce perfectamente que por ahora, cuando no ha cimentado su poder, ofrece flancos sumamente débiles, y esos flancos son los puntos de Chile y el Ecuador. Ve otro punto, pero otro punto más lejano e inaccesible que lo amenaza y es la Confederación de las Provincias Unidas del Río de La Plata. Por las regiones que fueron el Alto Perú es difícil amagar a Lima y a la capital boliviana en un sentido militar, pero el cierre de las fronteras platenses dejará de dañarle por una parte, y no le permitirá concentrar su ejército en un punto, sino repartirlo en dos o tres frentes: el que prepare Chile, en el que oponga el Ecuador o en el que le presente Rosas.

El éxito de Santa Cruz, consiste en no dar ocasión a una guerra antes que su poder se haya afirmado; entrará en las más humillantes transacciones para evitar los efectos de una campaña, porque sabe que ella despertará los sentimientos nacionalistas que ha dominado, haciéndolos perder en la opinión. Por todos los medios que están a su alcance ha prolongado una polémica diplomática que el Gobierno ha aceptado únicamente para ganar tiempo y para armarnos, pero que no debemos prolongar ya por más tiempo, por que sirve igualmente a Santa Cruz para prepararse a una guerra exterior. Está, pues, en nuestro interés, terminar con esta ventaja que damos al enemigo.

La Confederación debe desaparecer para siempre jamás del escenario de América. Por su extensión geográfica; por su mayor población blanca; por las riquezas conjuntas del Perú y Bolivia, apenas explotadas ahora; por el dominio que la nueva organización trataría de ejercer en el Pacífico, arrebatándonoslo; por el mayor número también de gente ilustrada de la raza blanca, muy vinculada a las familias de influjo de España que se encuentran en Lima; por la mayor inteligencia de sus hombres públicos, si bien de menos carácter que los chilenos; por todas estas razones, la Confederación ahogaría a Chile antes de muy poco. Cree el Gobierno, y éste es un juicio también personal mío, que Chile sería o una dependencia de la Confederación como lo es hoy el Perú, o bien la repulsa a la otra ideada con tanta inteligencia por Santa Cruz, debe ser absoluta. La conquista de Chile por Santa Cruz no se hará por las armas en caso de ser Chile vencido en la campaña que usted mandará. Todavía le conservará su independencia política. Pero intrigará en los partidos, avivando los odios de los parciales de los O'Higgins y Freire, echándolos unos contra otros; indisponiéndonos a nosotros con nuestro partido, haciéndonos víctimas de miles de odiosas intrigas. Cuando la descomposición social haya llegado a su grado más culminante, Santa Cruz se hará sentir. Seremos entonces suyos. Las cosas caminan a ese estado. Los chilenos que residen en Lima están siendo víctimas de los influjos de Santa Cruz. Pocos caudillos en América pueden compararse a este en la virtud suprema de la intriga, en el arte de desavenir los ánimos, en la manera de insinuarse sin hacerse sentir para ir al propósito que persigue. He debido armarme de una entereza y de una tranquilidad muy superior, para no caer agotado en la lucha que he debido sostener con este hombre verdaderamente superior, a fin de conseguir una victoria diplomática a medias, que las armas que la República confía a su inteligencia, discreción y patriotismo, deberá completar.

Las fuerzas navales deben operar antes que las militares dando golpes decisivos. Debemos dominar para siempre en el Pacífico: ésta debe ser su máxima ahora, y ojalá fuera la de Chile para siempre. Las fuerzas militares chilenas vencerán por su espíritu nacional, y si no vencen contribuirán a formar la impresión que es difícil dominar a los pueblos de carácter. Por de contado que ni siquiera admito la posibilidad de una operación que no tenga el carácter determinante, porque es esto lo que... (1).

PORTALES

(1) Falta el resto de la carta. Está escrita de puño y letra de Portales. (Epistolario de don Diego de Portales. Tomo III 1834-1837. Recopilación y notas de Ernesto de la Cruz. Santiago de Chile 1937. Pág. 152 a 154 inclusive).

¿Estuvo equivocado Santa Cruz el maestro del cálculo? ¿Le falló su magnanimidad? La Historia, juez imparcial y severo, le condena por este rasgo de bondad hacia el enemigo que venía a combatirlo y a destruirlo para siempre.

¿Quería el mariscal de Zepita demostrar a la América que era digno de su alto cargo el Protector, de esta América mestiza y turbulenta? La historia lo admira en lo que tiene sentido metafísico y con la amplitud de pensamiento. Su patria, Bolivia, de la cual él tampoco se creía muy boliviano, lo censura. En la guerra hay que destruir al enemigo y la bondad está descartada de los sentimientos nobles. Como también le censura el no haber aceptado dos veces la incorporación de Moquegua, de Arica y de Arequipa que se sentían ligados a la patria altiplánica por vínculos familiares, por comercio y por geografía. El sur del Perú no tenía nada que ver con la política de Lima ni con su altivo menosprecio a los serranos...

La batalla de Yungay tuvo repercusión americana. Había sido vencido el Mariscal Santa Cruz en una batalla mal planeada por él y en la que no estaban sus generales famosos. ¿Cómo podía suceder esto en la Confederación?

Podía ganar la batalla de Yungay el Mariscal Santa Cruz y así lo prueban los documentos históricos que están a la vista. Cuando las tropas mandadas por el general chileno Manuel Bulnes se embarcaban en el Callao y todavía había tiempo de interrumpirlas para buscar otro sitio favorable, una voz despertó al Mariscal de Zepita y era la voz de su general Trinidad Morán, venezolano, que le decía: Mariscal ataquemos. Y la respuesta en la tiniebla y la desesperanza le respondió con esa voz que estaba trabajada ya por la adversidad:

— Morán, mañana:...

En esta palabra está encerrado el drama. Y el drama se concluye en la batalla de Yungay. (Morán, mañana...).

América vuelve a la patria chica y agoísta, los caudillos locales gozan y se regocijan. Rosas festeja el triunfo de Yungay con dos días de fiestas populares. Chile ha salido de la anonimidad y se impone en el Pacífico, ayudado por las facciones de Gamarra y del general Ramón Castilla y La Fuente que han ayudado a Bulnes a derrotar a Santa Cruz. De los breñas de Bolivia salen voces de felicitación a Bulnes, general chileno, por su victoria. Una de ellas es la del general Velasco que tiene tanta bajeza como indignidad, y en el Congreso boliviano se le declara al General Santa Cruz "monstruo y tirano" por haber dado las primeras leyes de la República y establecer un sentido jurídico del que carecía la Nación.

Esto es frecuente en la historia de las naciones en formación. El precursor siempre es aborrecido y combatido. Lo más curioso es que José Ballivián, jefe de Estado Mayor de la Confederación, es el principal enemigo del Protector Santa Cruz, al cual le ligan vínculos de ahijado y compadre. Ballivián, general invicto y gran estratega, será el que dirija los destinos de Bolivia después de Yungay, pero ya en la patria chica que es Bolivia, y que quiso ser grande con la Confederación, extendiendo la mirada hacia América, como: en tiempo de los sabios Incas.

Agosto 1961.